

## El dolor y la guerra

### *El año del sol negro*

DANIEL FERREIRA

Alfaguara, Bogotá, 2018, 603 pp.

EN EL cuarto título que compone su Pentalogía de Colombia, Daniel Ferreira continúa este particular y doloroso viaje por las (¿la?) guerras de Colombia. Cada novela nueva ahonda aún más en el origen de la violencia que ha marcado el devenir del país, y explora más atrás en la historia. *El año del sol negro* sucede en 1900, año clímax de la guerra de los Mil Días por la más que sangrienta batalla de Palonegro. Sin embargo, se le tuvo más miedo al eclipse de ese año que a la muerte y a la guerra.

O eso nos quiere hacer creer Ferreira, cuyo trabajo introduce al lector en un mundo no muy distante en el espacio o tiempo, a veces con ciertos trazos surreales, para poder contar una historia que, para bien o para mal, pareciera haber definido el siglo que la prosiguió. Será el lector el que deberá decidir al final si le cree o no.

El que se aventure con esta novela puede hacerlo con la seguridad de que el santandereano es un escritor de oficio, uno que trata a sus lectores con el mayor de los respetos y que por lo tanto lo exige al máximo. Y es que Ferreira inyecta en sus libros un nivel de detalle extraordinario. Hay, por ejemplo, referencias a docenas de lugares regados por Santander: el río de Oro, el alto de Rubén, los pueblos de Lebrija, Silos, o Vetas, o cuando el ejército liberal maniobra atravesando del páramo “de Lajones a El Volcán, de El Volcán a La Horca, de La Horca a Cueva Blanca, de Cueva Blanca a Lagunillas, de Amapola a Barrohondo, de Puente Roto a Tierravirgen, de Tierravirgen a Cachirí, de Cachirí a El Crepúsculo, de El Crepúsculo a Bochalema” (p. 96). Estos nombres propios, además de dar claridad y concreción a la lectura, se extienden a objetos como el *arcaduz* o la *berlinesa*, con nombres que hoy en día olvidamos, y a las personas que habitan ese mundo.

Es extraordinario constatar que cada historia y cada página de esta novela cuentan con personajes tan bien elaborados y definidos. Todos tienen una

historia única, y por lo tanto personalidades únicas llenas de contradicciones, discursos y particularidades que los distinguen y separan de los demás. Esto no debería sorprender a los que ya conocen la obra de Ferreira. Si algo la ha caracterizado es la capacidad de su autor para crear personajes y para construir historias enteras que marcan el pasado y el futuro de cada uno. En el caso de *El año del sol negro*, esa precisión también se aplica a los personajes históricos, como los que aparecen en la tercera parte. Estos son presentados con una dedicación y una verosimilitud que hacen de la lectura un verdadero placer literario e histórico, por ejemplo, cuando leemos cómo nació y se desarrolló la disputa entre los generales Uribe Uribe y Herrera.

Aunque a veces es sobrecogedora la cantidad de información, esto no genera resentimiento. No hay que sentirse desnudo o mal preparado frente a un escritor que está armado hasta los dientes de información. Ferreira lo hace porque así se asegura de que el lector sabrá dónde y en qué momento está, y de que aquella gente que libró una guerra brutal y sangrienta hace más de un siglo lo hizo tal cual como él lo escribe.

Las dos primeras partes de *El año del sol negro* cuentan la historia del fusilero y la de Julia Valserra. Cada parte tiene un estilo propio, hace uso de distintos elementos estilísticos que resaltan el trabajo invertido en este libro y demuestran que es posible romper con los esquemas clásicos de la novela sin hacer de la obra un monstruo de Frankenstein. La primera parte, sobre un siervo que renuncia a su trabajo y se va a la guerra como voluntario, intercala el uso de la tercera persona con la segunda. Esta última es la forma de narración más rara en la literatura, pero que acá logra aportar a la lectura cierta intimidad con el protagonista: “Las manos de toda la gente que habías conocido y que eran capaces de fabricar cosas, comparadas con tus propias manos, que solo habían servido para disparar con precisión un fusil” (p. 174). Dicha intimidad se hace necesaria para viajar con un hombre que, entre otras cosas, se niega a ser nombrado (solo sabemos de él una vez por su nombre propio y varias por un seudónimo), y nos permite conocer de

primera mano cómo la guerra destruyó el país y su tierra.

La historia de Julia Valserra, por su parte, está contada por ella misma a modo de diario. El cambio, radical sin ser estremecedor, resalta las diferencias entre ambas partes y contribuye a construir un relato más completo. Si en la historia del fusilero se conocen detalles de cómo se movilizó la guerra (movimientos y batallas de tropas liberales y conservadoras), en la de Julia se vive la guerra desde lo urbano y familiar, sin dejar dudas de las circunstancias que ahora los rodean. “No fue ante la muerte que se presentó sin ropa, sino ante la vida [...]” (p. 266), dice de una mujer de clase alta que se suicidó. Julia narra hechos cotidianos o escabrosos desde su óptica personal y sobre todo femenina, en contraste con la primera parte, marcadamente masculina. Las dos secciones se complementan para recrear una guerra que involucró hombres y mujeres por igual. Con Julia se vivirá el declive de su familia y el de la ciudad y su gente; los negocios cierran, padres e hijos desaparecen, y la enfermedad empieza a hacer presencia. Con el paso de las páginas, el lector puede ir viviendo e imaginando de manera más completa cómo, dónde y quién arrasó con el país.

La tercera parte está narrada por varias voces. Es una recolección coral de historias ficticias e históricas de personajes que vivieron la guerra de los Mil Días. Podría ser este el único momento en el cual la novela se vuelve un objeto extraño. Esta decisión del escritor irrumpe en la estructura del libro y obliga al lector a ser paciente, armado con la certeza de que todas estas historias tienen algo que decir. Los cuentos de los soldados cuyo ingenio les valió una bala en el ojo derecho, que pudieron vivir un corto amorío entre fogonazos de cañones y rayos, o que se escondían entre pilas de muertos para evitar su propia muerte. De los generales que dieron pie a que la guerra sucediera, y de aquellos cuya “oratoria incendiaria [...] se convertiría en modelo y emblema para todos los candidatos populistas que nacerían en ese siglo de conflagraciones que ya empezaba [...]” (pp. 511-512) y que luego perderían la guerra por su lucha de egos. O de las armas que prometían una gran victoria, pero nunca llegaron

NOVELA		RESEÑAS
<p>porque la guerra también impone sus propios límites.</p> <p>Durante todo el trayecto de la Pentalogía de Colombia, el rasgo particular, incluso central, es la violencia. En el caso de Ferreira, es refrescante (valga el oxímoron) ver, entre tanta violencia presente en la literatura y la cultura colombiana, a un escritor que logra dominarla en la página y convertirla en un elemento literario, con un lugar y un propósito, y no como una simple atracción amarillista. Si un grupo de soldados masacra a un par de osos es para recordar la huella que deja la guerra en la naturaleza. Y una visita a un hospital lleno de heridos de muerte resalta el hecho de que el miedo a morir es desgarrador y real, y está por encima de cualquier acto de heroísmo que le preceda. Con su prosa, el escritor nos recuerda que la guerra tiene consecuencias y que este país está marcado por ellas.</p> <p>No será hasta la última página cuando el lector decida si el dolor y la guerra que ha vivido con esta novela valen la pena o no. La batalla de Palonegro fue uno de los enfrentamientos más sangrientos que ha vivido Colombia, pero fue continuado por un siglo más de violencia. Esta novela no es histórica en el sentido de que se lea solo para entender lo que pasó aquel año. Es histórica porque desentierra lo que hay bajo nuestros pies y porque, al finalizarla, es claro que el que busca encuentra, sea la muerte, la vida o la guerra. “Este es el año del sol negro. Tenemos miedo a morir en el eclipse, pero no a la guerra” (p. 272).</p> <p style="text-align: right;"><b>José M. Lleras</b></p>		